

La última homilía de Monseñor

Misa de aniversario de Sara Meardi de Pinto
Capilla del Hospital La Divina Providencia
24 de marzo de 1980

1 Corintios 15, 20-28

Salmo 23, 1-4

Juan 12, 23-26

Por lo que Jorgito ha escrito en la editorial de este día en *El Independiente*, he podido asomarme tanto a sus sentimientos filiales, en este aniversario de la muerte de su mamá, como, sobre todo, a ese espíritu noble que fue doña Sarita, que puso toda su formación cultural, su fineza, al servicio de una causa que hoy es tan necesaria: la verdadera liberación de nuestro pueblo.

Yo creo, queridos hermanos, que esta tarde no solamente hemos de orar por el eterno descanso de esta querida difunta, sino, sobre todo, recoger ese mensaje que hoy todo cristiano debería hacer vivir intensamente. Muchos no lo comprenden y piensan que el cristianismo no se debe meter en estas cosas, cuando es todo lo contrario. Acaban de escuchar el Evangelio de Cristo: que es necesario no amarse tanto a sí mismo que se cuide uno para no meterse en los riesgos, en la vida que la historia nos exige. El que quiera apartarse del peligro perderá su vida; en cambio, aquel que se entrega, por amor a Cristo, al servicio de los demás, este vivirá como el granito de trigo que muere, pero aparentemente muere. Si no muriera, se quedaría solo. Si da cosecha es porque muere, se deja inmolar en la tierra, deshacerse, y solo deshaciéndose produce la cosecha.

Jn 12, 25

Jn 12, 24

CS 39

Desde su eternidad, doña Sarita puede confirmarnos maravillosamente esta página que yo he escogido para ella del Concilio Vaticano II: “Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo. La figura de este mundo, afeada por el pecado, pasa, pero Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habitan la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las creaturas que Dios creó pensando en el hombre.

Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante, la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo para esta tierra. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el progreso temporal, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios.

Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: ‘reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz’. El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección”.

Esta es la esperanza que nos alienta a los cristianos. Sabemos que todo esfuerzo por mejorar una sociedad, sobre todo cuando está tan metida en la injusticia y en el pecado, es un esfuerzo que Dios bendice, que Dios quiere y que Dios nos exige. Y cuando se encuentra uno, pues, gente generosa, como

doña Sarita, y su pensamiento encarnado en Jorgito y en todos aquellos que trabajan por esos ideales, hay que tratar de purificarlos en el cristianismo, eso sí, vestirlos de esa esperanza del más allá, porque se hacen más fuertes, porque tenemos la seguridad que todo esto que trabajamos en la tierra, si lo alimentamos de una esperanza cristiana, nunca fracasaremos; lo encontraremos purificado en ese reino donde, precisamente, el mérito está en lo que hayamos trabajado en esta tierra.

Yo creo que aspirar...¹ de esperanza y de lucha en este aniversario. Recordamos, pues, con agradecimiento, a esta mujer generosa que supo comprender las inquietudes de su esposo, de su hijo y de todos aquellos que trabajan por un mundo mejor, y supo también poner su parte, de granito de trigo, en el sufrimiento; y no hay duda que esta es la garantía de que su cielo tiene que ser también a la medida de ese sacrificio y de esa comprensión, que falta a muchos en este momento en El Salvador.

Yo les suplico a todos ustedes, queridos hermanos, que miremos estas cosas de nuestro momento histórico con esta esperanza, con este espíritu de entrega, de sacrificio, y hagamos lo que podamos. Todos podemos hacer algo, desde luego un sentimiento de comprensión. Esta santa mujer que estamos recordando hoy, pues, no pudo hacer cosas tal vez directamente, pero animando a aquellos que pueden trabajar, comprendiendo su lucha y, sobre todo, orando, y, aun, después de su muerte, diciendo, con su mensaje de eternidad, que vale la pena trabajar, porque todos esos anhelos de justicia, de paz y de bien que tenemos ya en esta tierra, los tenemos formados, si los iluminamos de una esperanza cristiana no dudaremos que nadie muere para siempre y que aquellos que han puesto en su trabajo un sentimiento de fe muy grande, de amor a Dios, de esperanza entre los hombres, pues todo eso está redundando ahora en esplendores de una corona que ha de ser la recompensa de todos los que trabajan así, regando verdades, justicia, amor, bondades en la tierra. No se queda aquí, sino que purificado por el Espíritu de Dios, se nos recoge y se nos da en recompensa.

Esta santa misa, pues, de eucaristía, es precisamente un acto de fe. Con fe cristiana sabemos que, en este momento, la hostia

¹Ininteligible.

de trigo se convierte en el cuerpo de Señor, que se ofreció por la redención del mundo; y que, en ese cáliz, el vino se transforma en la sangre que fue precio de la salvación. Que este cuerpo inmolado y esta carne sacrificada por los hombres nos alimente también a dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo: no para sí, sino para dar conceptos de justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos, pues, íntimamente, en fe y esperanza a este momento de oración por doña Sarita y por nosotros. *En este momento sonó el disparo.*